

Éste no es un libro muy usual. No sé si puede llamarse un libro de «memorias», porque realmente ninguno de sus protagonistas ha llegado a la edad de escribir memorias, o la edad en que, parafraseando al novelista peruano Bryce Echenique, «uno escribe para no olvidar a aquellos con los que ajustar las cuentas».

Las aproximadamente doscientas páginas que siguen hablan de muchas cosas. No son un ajuste de cuentas, pero la autora aprovecha para mandar un mensaje a quien corresponda y habla de alguna persona con nombre y apellidos. No forman un libro de teología, ni moral ni dogmática, pero en cada capítulo se habla de Dios. Dios tiene siempre algo que decir en nuestra vida y su autora lo demuestra en cada capítulo de este libro y, cómo no, de su vida. Aunque se habla de política, no es un libro «sobre política», pues de éstos hay muchos y algunos buenos. Pero, cómo no, hablar del hombre es situarlo en un contexto concreto, en un eje: Dios al final de las ordenadas y el resto de la humanidad en las abscisas. Es hablar del camino que toma ese ser colectivo que llamamos «humanidad», dirigido a veces por personas con visión y otras veces por personas ciegas o forzadas a ir en una dirección contraria a la que es buena para nosotros como parte de ese ser colectivo. No pretende dar lecciones de nada; sin embargo, uno aprende que más allá de los predicadores, de las doctrinas más o menos bien expresadas o de los comportamientos poco edificantes de algunos que se dicen representantes de la Iglesia o del carisma tal o cual, sigue estando Dios. Sólo Él y nosotros, en nuestra simplicidad y pequeñez.

Este libro puede dar la impresión de ser muy desordenado, pero todos los capítulos están unidos por un fino hilo conductor: la vida de su autora, Adela aquí se abre en canal y habla con sinceridad, como la Alicia de Carroll, de «todo lo que encontró al otro lado del espejo». Habla para que sepamos de dónde viene; para que sepamos qué es lo que la acompañó y acompaña en todo este tiempo y para que sepamos también de todos los sucesos extraños que le han ocurrido en este tiempo. Ya nos advierte desde el principio que es una simple ama de casa y que «no tiene estudios». Pero sin duda es alguien que *sabe*, mucho más que otros, cuyo catolicismo consiste, todo lo más, en vestir y desvestir imágenes de la Virgen. O en dar consejos de «cómo arreglar la vida ajena» desde una posición de profesor universitario y una sonrisa de suficiencia en una foto de carnet.

El recorrido vivido en estos años en Berlín ha llevado a la autora a reflexionar sobre una pregunta que todos nos planteamos al menos una vez en la vida. Se la formulan todos los que han pasado por experiencias duras y situaciones límite. La pregunta es: ¿se puede vivir de espaldas a Dios o incluso contra Dios? La respuesta de Adela es que *no se puede*. La cara oculta de la luna es la que tarde o temprano no podrá ocultarse. Las personas más pestilentes con quienes Adela tuvo la mala suerte de tropezarse no fueron las que la abordaron por la calle pidiendo un euro, vagabundos de tres al cuarto o gitanos. Fueron los que, tras una cuidadísima apariencia de impecable Armani y de esmerado pelo engominado, se mostraron tremendamente soberbios y pagados de sí mismos con ella. Personas, en suma, de quienes no cabe obtener un conocimiento útil en la vida.

Con esas personas uno aprende que una conversación intelectual tiene su aquí; que un título es una especie de talismán que moja unas cuantas bragas y abre unas cuantas piernas; que la belleza abre cantidad de puertas. Lo que uno también aprende con ellos es que la conversación intelectual no es más que un rato divertido e insustancial o, si se terciara, el prolegómeno de una solicitud para que una se abra de piernas. Aprende que el título es una especie de vaselina que se usa para facilitar esa apertura de muslos, por la «enorme personalidad» de quien lo posee. Aprende que el uso calculado de la belleza abre puertas, sí; pero puertas que tarde o temprano conducen al vacío. Un resultado generalmente no calculado, por lo demás. Aprende, finalmente, que una cena con ellos no vale ni las migajas que recoge uno del suelo para dárselas a los perros.

Del libro se desprende que Adela aprendió de la vida la lección más sabia a través de la Biblia y de sus hijos. Uno debe ser capaz de ser adulto sin perder la conexión con ese niño que todos poseemos en nuestro interior y que, pese a las capas de madurez, aparece siempre en nuestra vida. Reírse como un niño porque todavía uno conserva un fondo de inocencia infantil. Esa combinación es la que convierte un simple traje en un vestido de gala.

Adela ha tenido una familia numerosa por convicción personal y religiosa. No puso condiciones a esa apertura a la vida. Y lo hizo pasando por situaciones económicas muy duras. Independientemente de la profesión “privilegiada” de su marido, se enfrentó a periodos de pérdida de empleo, de cambio de domicilio, de tener todo un círculo social en contra porque se decidió a ser madre. La maternidad ha sido pisoteada en la sociedad por postulados feministas que se han convertido en un dragón herido dando coletazos rabiosos. Las mujeres que, violando su natural instinto maternal, decidieron abortar, han recibido mucho más apoyo por ese «derecho» que las madres que se decidieron por la vida valientemente. Y ni las de un grupo ni las del otro son queridas y respetadas por lo que son: es decir, *mujeres* en toda la extensión de la palabra. Se odia a la mujer como concepto y como persona. Se la odia porque esa mujer representa la mayor fuerza política y social, que es la mujer-madre que se decide a cuidar de su familia. Perseguida por los que apuestan por cambiar una sociedad y una cultura, por intentar encajarnos con calzador (Mt 2:27-28) en sus postulados ideológicos de la «nueva sociedad de hombres (y mujeres y otros «géneros», no se vayan a enfadar las feminazis y quienes les hacen el caldo gordo) nuevos». Adela no se dejó convencer y se mantuvo siempre contra viento y marea, tercamente, en la posición que ella creía válida.

Este libro es una proclamación de fe en Dios. Porque, como católica, Adela no se olvida de Dios. No se avergüenza de proclamar que cree en Dios porque no tiene que quedar bien con nadie, ni mucho menos con esa pose atea o increyente, tan en boga hoy en día, que dice «no necesitar a Dios» como si eso fuera una declaración de «mayoría de edad». Sabe que a Dios le debe haber avanzado en la vida hasta el punto en que está y la posibilidad de seguir avanzando. En todas las experiencias que en estas páginas se cuentan Dios está presente, de un modo u otro.

Te invito, lector, a que comiences tu viaje a través de estas páginas y saques tus propias conclusiones. Espero que lo disfrutes como yo lo disfruté al leerlo.

Luis González Serra

Capítulo I. UN PERFUME

Carolina Herrera, su perfume y yo tuvimos un primer encuentro en una calle de Berlín. Fue un encuentro tímido, pero lleno de sorpresas. Dejó el rastro de un halo mágico en una tarde de verano, al pie de un jardín de flores y una fuente chisporroteante en la Alexanderplatz. En el prólogo del emocionante libro de mi vida, este perfume no sólo me fascinó a mí, sino también a quien se convertiría en mi marido. Con sólo tres gotitas detrás de la oreja, incitaba voluptuosamente el beso. Las notas de salida son chabacano, flor de azahar de naranjo, notas verdes, palo de rosa de Brasil y bergamota; las notas de corazón son nardo de la India, jazmín, narciso, jacinto y lirio de los valles (muguete); las notas de fondo son algalia (civet), almizcle, musgo de roble, ámbar, sándalo, vetiver y cedro. Un aroma imposible de olvidar; elegante, con ese punto de sofisticación. El tiempo ha dejado su huella en ese perfume; y ahora, este *ahora*, ya no es el ayer. Flotando en el aire era como la flor de la magnolia: bellísima cuando florece, pero sumamente fugaz en su existencia. La delicadeza de esta flor exige una destreza muy especial al tenerla en la mano. Así me sucedía con todo lo bello que un día tuve en mis manos: sabía de la fugacidad del tiempo. También sabía que un beso podía anticiparse con un perfume y mantenerse imperecedero.

Perdida en el aroma de una tarde de verano y recordando aquel tiempo, siento como si una ráfaga de aire cálido se deslizara entre mis cabellos y me trajera reminiscencias del pasado.

* * *

En el pequeño pueblo en que transcurrió mi infancia, Viladrau, en la provincia de Gerona, se me despertó la tímida curiosidad de la fragancia del campo y de los jardines rebosantes de flores. Las manos quedaban impregnadas durante todo el día de tomillo y lavanda. Me crié en el campo, lo cual impone un sello que nos diferencia claramente de los urbanitas. Mis padres estuvieron de aparceros en muchos pueblos de la geografía catalana. Enric Saguer ofrece una buena descripción de la dureza de esa vida en su libro *Forçats a foc i llum*. Mi padre tenía un talento especial para crear las más variadas combinaciones de jardines. En ese momento recordé ese jardín lleno de gardenias, petunias, dalias rosas y blancas. Al aspirar el perfume me vienen revoloteando mil recuerdos de ese jardín, que comienzan en el verano de 1979...

Empezando por el principio, quien crea que, a pesar de las bucólicas descripciones de la vida aldeana, Viladrau era un paraíso, se equivoca de medio a medio. Sí es verdad que la familia de los Urdangarín tenía una residencia de verano. Y también que los *bandolers* de Barcelona, de los de traje a medida y coche oficial con ventanas tintadas, presididos por el *Molt Bandoler en Cap*, al que bien podrían inventarle un parentesco con Serrallonga, tenían sus residencias para sus diversos

asuntos privados. En lo alto de nuestro tótem social se hallaba nada menos que «Don Paco»: es decir, Don Francisco de Puig y de Cárcer de Pallejá y de Ros, un personaje muy bien relacionado con las altas esferas, que detentaba todos estos títulos: Caballero de Honor y Devoción de la Orden de Malta, Maestrante de la Real Maestranza de Caballería de Valencia, Caballero del Real Cuerpo de la Nobleza de Cataluña and del Estamento Militar del Principado de Gerona, Oficial de la Orden de Orange-Nassau. Resumiendo, un templario. Claro que para *templarios* nosotros, que blasfemábamos como tales y sin repetirnos por lo canutas que nos las hacía pasar ese señor.

Este personaje de tantas campanillas, al que no le faltaba más que la Grandeza de España con derecho de no descubrirse ante el Rey, poseía un enclave en Viladrau conocido por los lugareños como *Can Gat*. No era precisamente la residencia del gato, sino un palacio que tiene la rara peculiaridad de la *falta de perspectiva*: no había ángulo bueno para obtener una buena instantánea de quien entrara o saliese de allí. Vamos, la desesperación de un *paparazzo*. Supongo que por ello era el preferido de ciertos otros personajes para celebrar reuniones «en clave».

Don Paco era nuestro patrón. Y he de decir que, pese a la abundancia de las tierras que poseía, era un avaro de pies a cabeza: no hacía más que lloriquear por lo mal que le iban las cosas; y, entre lagrimita y lagrimita, nos racaneaba la paga duramente ganada. Se puede decir no nos trató nada bien. Su señora, *Doña* Carmen Girona y Salgado, su señora, parecía salida del mismo troquel, aunque de cuando en cuando tenía detalles de cierta caridad con nosotros, que éramos sus colonos. Claro que compensaba su presunta humanidad con aspavientos de una dignidad ridícula; pero eso son *figues d'un altre paner*.

En Viladrau completamos la familia de cinco hermanos que somos con la que acabaríamos nuestro periplo en Banyoles. En Viladrau nació mi hermana pequeña.

No hace mucho tiempo visité la casa en la que vivimos nuestra etapa en Viladrau, junto con mi hermano y Luis. Me sorprendió que prácticamente se conservara igual que hace cuarenta años. Nos atendió un *moreno*, que por una módica propina nos dejó pasar amablemente al interior de la vivienda. La estructura de la misma me era perfectamente reconocible: sabía dónde estaban las habitaciones de todos, la estufa, la cocina... Vale decir que, administrada por el nieto, el tiempo parecía haberse detenido en Can Gat y que sólo habían cambiado los personajes de la obra. Igual de duro e igual de mal pagado.

* * *

¿Fui yo realmente la protagonista o fue ese yo más íntimo que vivía el cuento de una cenicienta? Pero hasta Cenicienta tuvo que volver a su rutina, y la realidad tiene poco de cuento de Perrault. Me siento veinteañera destapando la caja de sorpresas, entre ellas, mi atrevimiento. Yo y mis ansias de libertad perturbaron del todo mi visión de la realidad. Lo quieres todo, en conjunto, al momento. Quieres

libertad, quieres el amor, el despertar del sentido de las pasiones sin la zancadilla moral. Yo y mi obsesión por las películas románticas, que me llevó a no preocuparme por las consecuencias. Me daba todo igual con tal de salirme con la mía. Mi primer viaje a Berlín lo hice engañando a mi padre, que seguía sin concederme la mayoría de edad a pesar de haber pasado la veintena. Contra este tipo de espionaje los espías aprenden estrategias mejores y más sofisticadas para escapar del control. Vamos, lo de toda la vida: la mentira como una de las bellas artes. Perdida en un Berlín en estado de transición, imponiéndose paso a paso con sus edificios revestidos de luz y color, era como un enjambre de calles y paseos que daban a otras calles todavía más interminables.

¿Qué perfume me compro en Berlín para poder contar a mis amigas que me compré algo muy caro? Ese perfume era muy preciado por mis amigas, todas ellas provenientes de familias acomodadas. Cuando hablaban de regalos de Navidad siempre se nombraba este perfume.